

MARINAS.

—

[Segunda edición.]

NOTA BIBLIOGRAFICA.—La primera edición de este libro se hizo á principios de 1898 en la imprenta de "El Tiempo." Fué edición "diamante", que constaba de 45 páginas. Tiráronse 100 ejemplares especiales en papel "Jesús" y 250 en papel fino.



DEDICATORIA.

(A MI EXCELENTE AMIGO D. PEDRO MOLPHE Y FERNÁNDEZ.)

HACE ya muchas noches que, soñando
En olas y marítimos paisajes,
Traigo mi pobre mente rebotando
Aguas y arena, peñas y oleajes.
Apenas cierro por dormir los ojos,
Van poblando mi loca fantasía
Líquidas crestas, náufragos despojos
Y la azulada tez de una bahía.
Acaso naves gigantescas sueño,
Que, de hirviente vapor el vientre henchido,
Por la azul soledad su enorme leño;
Majestuosas deslizan sin ruido.
Acaso miro lanchas y falúas,
O el alto bergantín, que su ancla larga,
Y oigo girar las poderosas grúas,
Que á bordo del vapor sueltan su carga.

Y entre tanta visión de olas fingidas
 Por raro antojo de los sueños míos
 Vienen llenos de imágenes queridas,
 Cuando sueño, mi mar y sus navíos.

Será que los recuerdos cariñosos
 De aquellas horas, que pasé á tu lado,
 Despliegan por la noche silenciosos
 En mi mente los lienzos, que han pintado.

Será que como un istmo, entre dos mares
 Existe el corazón, con que palpito:
 De un lado bulle el mar de mis pesares
 Y del otro la mar de lo infinito.

Será... yo no lo sé... librarme quiero
 De ese cúmulo inmenso de visiones,
 Y traslado al papel tosco y ligero
 Por eso mis marinas impresiones.

Así, perdona pues, amigo mío,
 Si mi canto salvaje el ritmo tiene
 De la ronca sirena de un navío,
 Que su asordante trémolo sostiene,
 De las olas el són, que el arrecife
 Cercan y baten con horrible estruendo,
 Y el tímido murmullo del esquife,
 Que el sosegado mar camina hendiendo,

El estridor de obanques y trinquetes,
 Que los palos restiran y ladean,
 Y el susurro de izados gallardetes,
 Que del barco en los mástiles flamean.

Al fin yo soy un triste marinero,
 Que, lo eterno buscando en lontananza,
 Sólo tiene en su largo derrotero
 La fé por luz, por velas la esperanza.

SED.

Alma, que en altamar buscas en vano
 Un sorbo de agua dulce que beberte,
 Si á bordo el odre ni una gota vierte
 Que el fuego aplaque de tu ardor insano;

¡Cómo crece el tormento soberano!
 Y ¡cuánto, cuánto me lastima verte
 Morir de sed, ¡sarcasmo de la suerte!
 En la mitad del líquido oceano!

Mas cuida no beber la onda azulada,
 Que en torno bulle y tu avidez provoca,
 Regalando el oído y la mirada;

Que si un trago de mar tus labios toca
 Hará que á lo infinito acrecentada
 La inextinguible sed queme tu boca.

ODA.

EN LA BARRA DE ALVARADO.

¡Oh! ¡cuánto ambicioné por alcanzarte,
 Árida punta de la patria mía,
 Que avanzas sobre el golfo, donde parte
 El seno altivo de la mar bravía
 Del ancho Papaloápan la corriente!
 Al cabo puedo hollarte
 Y tender la mirada libremente.

Del Médano la falda deleznable
 Corrí ligero bajo el sol ardiente
 Con mi sed de bellezas insaciable.
 Y puedo ahora extático y absorto
 Ver ante mí la barra formidable,
 Olímpicas batallas, que en el corto
 Espacio de un estrecho
 Hace siglos en guerra encarnizada
 El río anciano por entrar ha hecho
 Al mar de Atlante, que le niega entrada.
 Su urna de plata y de zafir volcando
 En el salobre mar, dilata el río
 Su rizado caudal; al fin dejando
 Las vegas, que empenacha el bosque umbrío,
 Entre dos playas de menuda arena
 Sigue su curso blando.
 No lo intimida el piélago que suena
 Vecino ya con gritos iracundos,
 Que sus falanges de olas desenfrena.
 Ufano de extenderse entre dos mundos.
 Avanza majestuoso, indiferente,
 Con la firmeza y el valor profundos
 Del que cumple seguro y obediente
 La ley de su destino.
 Y entre las ondas, con que el mar estalla,
 Ya muy pronto ¡espectáculo divino!
 Rompe por fin la desigual batalla.
 Sus brazos de cristal ciñe y retuerce
 Del monstruo turbulento entre los brazos,
 Y como espadas brilladoras tuerce
 Las gigantescas olas á pedazos.
 El Oceano con vergüenza presta
 De que un río le fuerce
 A que le ceda el paso, el lomo enhiesta,

Con esfuerzo sus músculos abulta
 En verdinegros montes, cuya cresta
 La blanca espuma del sudor oculta.
 Y cansado, espumoso, jadeante,
 Con gran estruendo al vencedor insulta;
 La playa con su cauda tremulante
 Lame ó rabioso azota,
 Y con rumores misteriosos suena,
 Llorando su soberbia y su derrota
 Y escupiendo sus conchas en la arena.
 ¡Son quejidos ó voces de despecho
 Las que lanzas, oh mar, en tus orillas,
 En turbias ondas tu furor deshecho,
 Cuando al vencerte el Papaloápam brillas
 Con las luces del sol, que orlan tu frente,
 Y á su curso te humillas?
 En tanto el ancho río lentamente
 Entre los muros de agua se desliza,
 Y altanero y gentil soberbiamente
 La cabellera de cristal se riza,
 Como un caudillo en la triunfal carroza
 Cuando el pueblo le aplaude y diviniza.
 De su enemigo los costados roza
 Con mano placentera,
 Y á la tranquila inmensidad de enfrente
 Enfila satisfecho su carrera,
 Buscando el quieto fin de su corriente.
 ¡Cuánto te admiro, río, que te haces
 Camino por la mar que te rodea!
 ¡Cuánto he admirado siempre á los audaces,
 Que allá en el mundo la justicia crea!
 Los campeones del deber, que osados
 Jamás conciertan paces,
 Jamás, con poderosos y malvados.

Y cuando ven que la injusticia medra,
 En el bien de su causa confiados,
 Ni el obstáculo inmenso los arredra,
 Ni débiles se doblan á la herida,
 Que en ellos labra la enemiga piedra,
 Ni atienden á la grito enfurecida
 De la plebe insolente;
 Y triunfan sin orgullo y sin alarde.
 ¡ Si siempre fuera la virtud valiente,
 Siempre hallaría á la maldad cobarde!

Playa de Alvarado, 15 de Diciembre de 1897.

LA SALIDA DEL SOL.

En el cendal de sombras y vapores,
 Que bordan por el Este el firmamento,
 Se tamiza la luz, y tiende al viento
 De sus alas los cándidos fulgores.

Hace el día brotar sus resplandores
 Por la marina inmensidad violento,
 De las olas á cada movimiento,
 En explosión de luces y colores.

Ya es un incendio el Este flameando,
 Oro fundido el mar, plata la espuma,
 Las gotas chispas de ignoradas fraguas;

Y el sol por fin asoma, lacerando
 En rasgones de púrpura la bruma,
 Su semblante de rey sobre las aguas.

Veracruz, 12 de Diciembre de 1897.

NOCHE DE LUNA.

Lentas bullendo en coro silencioso
 Las horas de enlutada vestidura,
 El carro de la noche misterioso
 Hacen rodar en la convexa altura.
 Duerme de Atlante el férvido Coloso,
 Y la luna, que asoma en su llanura,
 Su pupila agrandando en lontananza,
 De inefable candor miradas lanza.
 ¡ Oh! vamos á la playa, á que se bañe
 El alma en la hermosura, que allí vea.
 Vamos, que el viento sus romanzas tañe
 Del agua en el laúd, y el borde orea.
 Es hora ya de que el cantil arañe
 Con sus garras de plata la marea;
 Y en todo su esplendor fresco y galano
 Besar á nuestros pies el oceano.

.....
 Tibia la noche esparce de su aliento
 Sobre la costa ráfagas marinas,
 Y la luna en el anecho firmamento
 Derrocha claridades argentinas.
 Bruñe la luz el líquido elemento
 En variadas labores blanquecinas;
 Y entre juegos de luz de azul y plata
 La inmensidad se mueve y se dilata.

Cual manada de cándidas corderas,
 Que su blanco vellón van encrespando,
 Las olas en tropel á las riberas
 Apresurarse míranse avanzando,
 Que vienen otras en su pos ligeras;

Y al tenderse en el polvo húmedo y blando,
 Sus voces y suspiros misteriosos
 Ahogando, forman sonos deliciosos.

¿Qué mensaje nos traen del abismo
 Esos murmullos que la arena apaga?
 ¿Son ecos de lejano cataclismo,
 Crugir de nave, que tal vez naufraga?
 ¿El ponto horrorizado de sí mismo
 Quizá, sus culpas lamentando, vaga?
 O ¿son de ausentes risas y lamentos,
 Que conducen las aguas y los vientos?

Ved: la luna parece que nos mira,
 De aquella nube las guedejas blondas
 Pintando de iris, cuando el rostro vira
 Sobre el espejo de las aguas hondas,
 Que á donde el paso dirigimos, tira
 Una faja de luz quebrada en ondas,
 Que al venir hacia acá pura y serena
 En el agua se euancha y escarmena.

El bote pescador, de vela armado,
 Lento se aleja y á bogar convida;
 Rasga su proa un surco plateado,
 Deja tras de sí popa blanca herida,
 Y, del mar en los pliegues retratado,
 Desvanece su imagen invertida,
 Soltando de sus remos oscilantes
 Cascaditas de perlas y diamantes.

En su lecho de rosas guarnecido
 Parece dormitando retorcerse
 Entre Europa y América tendido
 El Atlántico inmenso. Complacerse
 Suele en variar de su inmortal vestido
 Los pliegues y color; y al removerse
 Hace ondular con indecible encanto

En la orilla las orlas de su manto.
 ¡Qué bien en esta solitaria playa
 El alma extiende su infinito anhelo,
 Un mundo al ver, en que su afán explaya,
 Espacio y luz, en que tender el vuelo
 Hasta que palpe la esplendente raya,
 En que se se junta con la mar el cielo;
 Y, olvidando trabajos y quimeras,
 Vive en la paz de altísimas esferas!

.....
 Mas hora es ya que á la ciudad volvamos.
 Queden á Dios las playas encantadas,
 En donde tanto el alma recreamos.
 Las huellas ya no vemos, que estampadas
 En estos sitios al venir dejamos:
 Así muy pronto quedarán borradas
 De esta noche las puras alegrías
 En el creciente mar de nuestros días.

Veracruz, 22 de Diciembre de 1897.

DESALIENTO.

Soy barco que ha perdido su propela
 En el mar solitario de la vida,
 Y ni un soplo feliz hinche la vela,
 Que cuelga desgarrada y mal tendida.
 Todo es calma en redor. La ola que duerme
 Sus más bellos encantos me descubre;
 Y, lamiendo la quilla, el mar inerme
 Con mansa burla su perfidia encubre.

El grato azul del escampado cielo,
 Del agua quieta la llanura vasta
 Y todo cuanto miro con recelo
 ¡Ay con mi situación cómo contrasta!
 ¡Qué me importa ese mágico trasunto,
 Que hace el aire en el mar con sus reflejos,
 Si no puedo avanzar un solo punto
 Y está la playa de mi bien tan lejos?

¡Qué fué del entusiasmo con que un día
 En plena juventud, dejando el puerto,
 Emprendí la riesgosa travesía
 Sin temer el peligro? ¡Todo ha muerto!

La injusticia, que hallé por donde quiera,
 Mi fuerza agota y de pesar me inunda,
 Y aliento como el ave, que no espera
 Llegar hasta su nido, moribunda.

¡Qué pronto feneció la viva lumbre,
 Que animaba en la lucha mis deseos,
 Cuando de la ola al remontar la cumbre
 Daba mi nave alegres aleteos!

Enérgico, animoso, yo podía
 Desafiar los cristalinos montes;
 Y á través de las ondas descubría
 Ricos celajes de otros horizontes.

Mas hoy, en el ignoto paralelo,
 En que fluctúo sin poder ni gloria,
 Escucho con horrible desconsuelo
 Que cuenta el aire mi pasada historia.

Al parecer de Dios abandonada
 Late mi alma, que hirieron las procelas,
 Como el pez en la nasa ensangrentada
 Del bote pescador sobre las duelas.

¡De algún esfuerzo salvador volverme
 Podré en este abandono? ¡Si ya es tarde!

Las olas, no pudiendo deshacerme,
 ¡Ay! me volvieron débil y cobarde.
 ¡Ay! en vez de esta calma, que devora,
 Dame la ruda tempestad, Dios mío,
 Que me obligue á luchar, ó vencedora
 Estrelle por inútil mi navío.

MELANCOLIA.

De este ignorado mar, que aún me espera
 Para llegar al fin de mi carrera,
 En la playa contemplo solitario,
 Que sobre el muerto sol que allá descende,
 El crepúsculo tiende
 De tiniebla y de púrpura un sudario.

¡Cuán solo estoy, y qué melancolía
 Embarga pesarosa el alma mía!
 ¡Qué escasa luz, qué desmayado aliento
 Del porvenir la inmensidad me manda!
 Y ¡cómo se desbanda
 De olas la turba al alear del viento!

Nadie me da la paz, nada me llena.
 ¡Qué horrible soledad! Mástil ni antena
 Aparecen, del piélago maldito
 Rayando el horizonte, y yo doliente
 Suspiro tristemente
 Por la costa en que vive el Infinito.

¡Cuándo será por fin patria lejana
 Que arribe á tí? ¡La luz de tu mañana
 Cuando mi frente bañará? Yo ansío,

Afecto tras afecto despidiendo,
 Único amor que entiendo,
 Que en tí se ahogue el corazón, Dios mio.

EL NORTE.

A BERTA Y NILA.

La clara linfa, que la quilla hiende,
 En torno de la nave se alborota
 Y con girones diáfanos asciende
 En el exceso de su enojo rota.

Empujando las olas nuestro barco,
 Por la hélice rasgadas en cendales,
 Le forman en redor sinuoso marco,
 Que va con él, de espumas y cristales.

El colérico mar se ve á lo lejos
 En surcos agitar sus verdes campos,
 Que florecen del sol á los reflejos
 De blanca espuma en gigantescos ampos.

Y el cielo se sonríe, el sol destella
 Con purísima luz indiferente,
 Y sembrando centella por centella
 De la onda turbia en la erizada frente.

Bandada de pelícanos tranquilos
 La haz del agua al rozar, rompe y dibuja
 Con su ala parda en argentados hilos
 De la onda que se estrella la burbuja.

También vosotras sonreís, la ropa
 Al sacudir, cuando en la nave incierta
 Golpes de mar, entrando por la popa,
 Os empapan y barren la cubierta.

Vosotras no teméis, que aves viajeras
 Que en el mástil se posan de camino,
 No tiemblan de las olas altaneras,
 Confiando á sus alas su destino.

Sabéis vosotras ya, que entre amarguras
 Al eterno ideal tendéis el vuelo,
 Que no debe pararse en las criaturas
 Por amor ó temor quien busca el cielo.

A bordo del "Tenoya" 13 de Diciembre de 1897.

AGUA DE MAR.

Era mi alma una fuente de dulzura,
 Que en raudales clarísimos manaba
 Y á mi carácter apacible daba
 De inexhausta bondad tierna figura.

Búcaro fué, de universal ternura
 Hinchido, el corazón: todo lo amaba
 Y hasta el lodo más vil sobredoraba
 Al recubrirlo con su linfa pura.

Pero tanto las gentes rechazaron
 Mi blando afán, y en mí tanto sus heces
 Vertió la ingratitud con mano larga,

Tanto los míos mi bondad hollaron,
 Que ya se enturbia, y como el mar, á veces
 Mi dulce condición me sabe amarga.

TARDE DE PESCA.

Bogad, bogad, remero ;
 Que hienda la piragua
 Con su desliz ligero
 La tersa faz del agua,
 Hasta la banda opuesta
 Cuyo redor se presta
 Para pescar tal vez.

Un pobre caserío
 Aquel espacio alegre,
 Y allí, del ancho río
 Surge la mole negra
 Del FOLSJO, cuyo lado
 Parece el gran costado
 De un gigantesco pez.

Llegamos : á la espalda
 Destácase, bordando
 La vega de esmeralda
 Ya Tlacotálpam, dando
 Matiz á su blancura
 Con motas de verdura,
 Como un inmenso chal.

Su franja blanquecina
 De pórticos calada,
 Sobre la cual domina
 La torre blanqueada,
 De aquí mirar se deja,
 Y turbia se refleja
 Del río en el cristal.

En frente las riberas,
 Planicies dilatadas,

Con cercos de palmeras
 A trechos alhajadas,
 Despliegan verde llano
 Hasta el confín lejano
 En que se puso el sol.

De nubes entre giros
 El cielo por ocaso
 Apaga sus zafiros
 Hasta frisar acaso
 En tonos de esmeralda,
 En palidez de gualda
 E incendios de arrebol.

Celajes peregrinos
 De pliegues caprichosos,
 De fuego en remolinos
 En occidente airosos
 Extienden sus brocados,
 Con ráfagas plegados,
 Que el sol dejara en pos.

Y, haciendo sus caireles
 Con flecos de oro y rosa
 En forma de doseles
 La colgadura undosa
 De una real vivienda,
 Forman la rica tienda,
 En donde acampa Dios.

Parad el barquichuelo.
 Lanzad á la corriente
 El plomo del anzuelo ;
 Y en actitud paciente
 Esperemos tranquilos
 Que tiren de los hilos
 Los peces al morder.

Ved de la cuerda en torno

Ese mechón de rizos,
De la corriente adorno,
Cristales movedizos
Con que el río forceja
Por donde el hilo deja
Al fondo descender.

¡Hola! que ya un obstáculo
Sobre la cuerda siento
¡Afuera! ¡Qué espectáculo!
Coleando en el viento
Mirad pender convulso,
Y que hace vano impulso
Por desprenderse, un pez.

Por el cuerpo argentado
Cuidemos de agarrarle
(¡Qué liso y escamado!)
Y ahora destrabarlo
Del gancho. ¡Bien! Ya basta.
Se agita en la canasta
Con viva rapidez.

¡Qué lástima me inspiran
Sus ojos muy abiertos,
Sus fauces que respiran,
Esos brinco inciertos
De la última batalla,
Y de la corva agalla
El férvido latir!

Libre buscó su daño.
Creando hallar sustento,
Y asido del engaño
Salió de su elemento
Para encontrar afuera
Nueva, espantosa y fiera
El ansia de vivir.

¡Ay! cuántos corazones
En la turbia corriente
Vieron de las pasiones
Bajo un bien aparente
El mal, que pronto adoran
Y que ávidos devoran
Para morir quizá.

Y por él arrastrados
Ya fuera de su centro,
Le aborrecen airados,
Mas de su halago dentro
Aprisionados quedan
Sin que soltarse puedan
De sus enredos ya.

Tlacotalpam, 14 de Diciembre de 1897.

CARTA Á MI HERMANA.

Hoy que me acerco al mar, Ana María,
A tu alma bella aproximarme creo,
Que ha sido la mitad del alma mía.

Cuando la inmensidad cercana veo
Del mar, que me habla con excelso grito,
Mi mente llena místico deseo.

Y, con amor pensando en lo infinito,
Pienso también en tí, que muy temprano
Le entregaste tu espíritu bendito.

Este eterno variar del oceano
De la muerte y de Dios en mí despierta
El doble pensamiento soberano.

Miro subir de majestad cubierta
El agua, que en sus bóvedas redondas
Palacios finge de cristal; incierta
Teje la espuma sus nevadas blondas,
(Que han de morir como la dicha, en breve)
Para adornar la frente de las ondas.

Y aquella masa, que á subir se atreve
Escalando los aires, rueda luego
Y abatida en la arena se remueve.

Encima de ese orgullo sin sosiego
El sol, como la imagen de Dios mismo,
Hace flotar sus témpanos de fuego.

Y me hago la ilusión de que este abismo
Puede llevarme al otro en que segura
Vives gozando dichas sin guarismo.

¿Te acordarás de mí desde la altura
En donde reina Dios, y tu alma liba
La esencia del amor serena y pura?

¿Podrás leer lo que mi mano escriba,
Cuando cautivo en la mortal escoria
Yo tan abajo estoy, tú tan arriba?

¿Se conserva en el cielo la memoria
De aquel cariño, que formó con nudos
De rosas y de lirios breve historia?

¿Escuchan los espíritus, desnudos
De cuerpo vil, los ayes del que gime
Y oyen quizá los pensamientos mudos?

Yo sé que Dios con su pensar sublime,
Como á las cuerdas de un salterío eterno
Un vario són al universo imprime.

Y desde el Paraíso sempiterno
Propaga sus perennes armonías
Hasta repercutir en el infierno.

Y que oye el eco y á las almas pías

Las deja oír las notas vocingleras
Del orbe entero y de las ansias mías.

Creo pues que en las célicas esferas
Tu mirada de espíritu me busca,
El mundo recorriendo, y que me esperas.

¿Verdad que sí me esperas; ó me ofusca
Grata esperanza? Por llegar al puerto
Vuela mi nave, que su bien rebusca.

Cansado del mundano desconcierto
Ya me dejaron mis ocultas penas
Y en ancha herida el corazón abierto.

Tú, noble fé, que de valor me llenas,
Conoces mi pesar, pues que me ayudas
El peso á sostener de mis cadenas.

Que muchas almas de piedad desnudas
Mi tierno corazón y limpia frente
Circundaron de espinas; cuán agudas!

No maldigo el dolor: sé que potente
Forma el carácter y la fuerza cría
Para subir á la región luciente.

Pero al sentirse herida el alma mía,
Esfuerzos hace por llegar muriendo
A lo alto, donde estás, Ana María.

Hoy por tanto mi espíritu, extendiendo
Sobre la mar sus alas vulneradas,
Te busca y canta, su dolor diciendo.

Y sus pupilas de llorar cansadas
Cerrando á la borrasca y sus espumas,
Sueña con otras tierras encantadas.

Yo de la muerte pasaré las brumas,
Que soy, como tú fuiste, ave viajera,
Que, sintiendo la fuerza de sus plumas,
"No fabrica su nido en la ribera."